

Trabajo de investigación académica.

La guerra ruso-ucraniana: raíces históricas, identidades nacionales y geopolítica en la nueva Guerra Fría.

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo.

Cita:

Gutiérrez Sánchez, Osvaldo (2025). *La guerra ruso-ucraniana: raíces históricas, identidades nacionales y geopolítica en la nueva Guerra Fría*. Trabajo de investigación académica.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/osvaldo.gutierrez.sanchez/56>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pGRc/wyd>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La guerra ruso-ucraniana: raíces históricas, identidades nacionales y geopolítica en la nueva Guerra Fría

Por: Lic.Esp. Osvaldo Gutiérrez Sánchez

Introducción

La guerra entre Rusia y Ucrania, iniciada formalmente con la invasión rusa a gran escala del 24 de febrero de 2022, constituye uno de los conflictos más significativos del orden internacional posterior a la Guerra Fría. Si bien suele explicarse a partir de factores coyunturales —como la expansión de la OTAN, la seguridad regional o la política exterior rusa—, sus causas profundas remiten a una historia compartida, disputada y reinterpretada de manera antagonista por ambos Estados.

El conflicto se inscribe, además, en el fracaso del proyecto de una Europa pos-Guerra Fría basada en la cooperación y la seguridad colectiva. Tras la caída del Muro de Berlín, la Carta de París de 1990 prometía una “nueva era de democracia, paz y unidad”, que debía incluir a la Unión Soviética —y luego a Rusia— como socio legítimo en el sistema europeo de seguridad. Sin embargo, ese horizonte se frustró rápidamente: la disolución de la URSS no fue acompañada por la construcción de un marco inclusivo, sino por la consolidación de un orden unipolar liderado por Estados Unidos y la expansión de la OTAN hacia el este europeo.

En este contexto, el pasado dejó de ser un mero antecedente para convertirse en un instrumento político activo. La historia, la memoria colectiva y las identidades nacionales son movilizadas por los actores en conflicto para legitimar acciones presentes y construir consensos internos. Así, la guerra ruso-ucraniana no se libra únicamente en el plano militar, sino también en el simbólico, cultural e histórico.¹

Este ensayo analiza los orígenes históricos, culturales y políticos del conflicto ruso-ucraniano, atendiendo especialmente al papel de las narrativas históricas, la evolución de Ucrania dentro del Imperio ruso y la Unión Soviética, y los procesos políticos posteriores a la independencia de 1991, enmarcados en el colapso del orden bipolar y el surgimiento de una nueva confrontación Este-Oeste.

Hipótesis

La hipótesis central de este trabajo sostiene que la guerra entre Rusia y Ucrania no puede explicarse únicamente como un conflicto geopolítico contemporáneo, sino que es el resultado de un choque estructural entre dos narrativas históricas incompatibles. Por un lado, la visión rusa de continuidad histórica y derecho de tutela sobre el espacio postsoviético; por otro, la reivindicación ucraniana de una trayectoria nacional autónoma y de plena soberanía estatal.

Este antagonismo se profundizó tras el fin de la Guerra Fría, en un contexto marcado por el fracaso de integrar a Rusia en un sistema de seguridad europeo estable. Como señalan diversos autores, la URSS no fue derrotada militarmente, sino que colapsó por tensiones internas y por la imposibilidad de reformar de manera sostenible su sistema político y económico. Sin embargo, la desaparición soviética fue leída en Occidente como una victoria estratégica, lo que favoreció políticas de expansión institucional que Rusia percibió como una traición a los compromisos asumidos a comienzos de la década de 1990.

En este marco, el conflicto latente en Ucrania se transformó progresivamente en una guerra abierta, en la que la historia, la identidad y la memoria colectiva funcionan como instrumentos centrales de legitimación política, tanto para la dirigencia rusa como para la ucraniana.

1. La Rus de Kiev: un origen compartido y disputado

Entre los siglos VIII y XIII se desarrolló en torno al río Dniéper la Rus de Kiev, un Estado medieval de gran relevancia política, económica y cultural en Europa oriental. Con Kiev como centro principal, este reino fue un nodo clave de intercambio entre Escandinavia, Bizancio y el mundo eslavo, alcanzando su apogeo hacia finales del siglo X (Attanasio, 2025).

Un hito fundamental en la memoria histórica de la región es el bautismo del príncipe Vladímir en el año 988, que supuso la cristianización del Estado y su incorporación al mundo ortodoxo. En la historiografía rusa contemporánea, este acontecimiento simboliza el nacimiento espiritual y político de Rusia, razón por la cual Kiev es presentada como la “cuna” de la nación rusa. Esta interpretación sostiene una línea de continuidad histórica entre la Rus de Kiev, el Principado de Moscú, el Imperio ruso y la Federación Rusa actual, y es utilizada recurrentemente en el discurso político del Kremlin para fundamentar reclamos sobre Ucrania (Attanasio, 2025).

La invasión mongola del siglo XIII provocó la fragmentación de la Rus de Kiev y el surgimiento de trayectorias históricas diferenciadas. Mientras Moscú se consolidó progresivamente como centro de poder, los territorios ucranianos quedaron bajo influencias diversas, principalmente

lituanas y polacas. A partir de esta ruptura emergen dos narrativas contrapuestas: la rusa, que afirma una continuidad histórica ininterrumpida, y la ucraniana, que sostiene una evolución autónoma que dio lugar a tres naciones distintas —Rusia, Ucrania y Bielorrusia—.

Esta disputa por el origen no es meramente académica. Como advierten los análisis sobre la nueva Guerra Fría, Rusia considera la batalla por la historia como parte esencial del enfrentamiento geopolítico contemporáneo, en el que se cuestiona el monopolio occidental sobre los grandes relatos del orden internacional. De este modo, la Rus de Kiev se transforma en un símbolo central de legitimación política en el conflicto actual.

2. Narrativas históricas y propaganda contemporánea

En el discurso oficial ruso contemporáneo, particularmente en las intervenciones del presidente Vladímir Putin, se cuestiona la existencia de una nación ucraniana plenamente legítima. Ucrania es presentada como una construcción artificial surgida de decisiones administrativas del período soviético, atribuida principalmente a Lenin, y posteriormente instrumentalizada por Occidente con el objetivo de debilitar a Rusia (Le Monde diplomatique, 2022). Esta narrativa niega la autonomía histórica ucraniana y refuerza la idea de una continuidad civilizatoria rusa interrumpida de manera artificial.

Desde la perspectiva ucraniana, esta lectura constituye una forma de negación identitaria. Ucrania reivindica una historia, una lengua y una cultura propias, anteriores al Estado ruso moderno. La lengua ucraniana, reprimida en distintos períodos imperiales y soviéticos, se ha transformado en un símbolo central de soberanía y resistencia nacional. En este sentido, el conflicto excede ampliamente el plano militar y se proyecta al ámbito cultural y simbólico, donde la historia funciona como un verdadero campo de batalla.

Este uso político del pasado se inscribe en una dinámica más amplia de confrontación ideológica propia de la denominada “nueva Guerra Fría”. Como señala Achcar, Rusia disputa activamente el monopolio occidental del gran relato geopolítico, construyendo una narrativa alternativa que presenta las revoluciones democráticas en el espacio postsoviético como operaciones encubiertas de cambio de régimen promovidas desde Washington y Bruselas (Achcar et al., 2018). Así, la propaganda histórica se convierte en un instrumento estratégico central del conflicto.

3. Del Hetmanato cosaco al Imperio ruso

Durante la Edad Moderna, gran parte del territorio ucraniano estuvo integrado a la Confederación Polaco-Lituana, lo que contribuyó a la conformación de una identidad marcada por influencias múltiples, tanto occidentales como orientales. En este contexto surgió, en el siglo XVII, el Hetmanato cosaco, una entidad política con amplios márgenes de autonomía que articuló una tradición política propia basada en la autogestión militar y cierta forma de representación colectiva.

En 1654, el Hetmanato selló una alianza con el zarato ruso mediante el Tratado de Pereyáslav, buscando protección frente a Polonia. Sin embargo, esta alianza derivó progresivamente en una subordinación política y militar al poder moscovita. A lo largo de los siglos XVIII y XIX, el Imperio ruso consolidó su control sobre los territorios ucranianos, suprimiendo las estructuras autónomas cosacas e integrando la región a su sistema administrativo.

La expansión imperial rusa hacia el sur incluyó la anexión de Crimea en 1783 y la fundación de ciudades estratégicas como Odesa y Sebastopol, fundamentales para el comercio y la proyección militar en el mar Negro. Este proceso estuvo acompañado por políticas sistemáticas de rusificación que limitaron el desarrollo de una cultura política ucraniana autónoma, sentando las bases de tensiones identitarias que persistirían en el tiempo (Le Monde diplomatique, 2013).

4. Ucrania en la Unión Soviética

Tras la Revolución Rusa de 1917, existieron intentos de constituir Estados ucranianos independientes, que fueron rápidamente neutralizados por el poder bolchevique. En 1922, Ucrania se integró como República Socialista Soviética fundadora de la URSS. Si bien contaba con una autonomía formal, el poder real residía en el Partido Comunista con sede en Moscú.

Durante la década de 1920, bajo el liderazgo comunista de Vladímir Ilich Uliánov (Lenin), se produjo un resurgimiento cultural ucraniano vinculado a la política de “korenización”, que promovía las lenguas y culturas nacionales. Este proceso fue revertido de manera abrupta bajo la dictadura de Iósif Stalin. Entre 1931 y 1933, la colectivización forzada provocó una hambruna masiva conocida como Holodomor, que fue reconocido por la comunidad internacional como genocidio², que causó millones de muertes. Su impacto traumático en la memoria colectiva ucraniana resulta incuestionable (Le Monde diplomatique, 2022).

El funcionamiento de la URSS revela, además, las limitaciones estructurales del sistema soviético. Como sostiene Saborido, la Unión Soviética no fue un régimen monolítico, pero sí profundamente rígido e incapaz de reformarse de manera sostenible, lo que explica tanto su colapso final como las tensiones persistentes en sus repúblicas constitutivas (Saborido, 2021). A

pesar de su subordinación política, Ucrania obtuvo un asiento propio en la ONU, reforzando simbólicamente su condición estatal.

5. La independencia de 1991

La disolución de la Unión Soviética permitió la independencia de Ucrania en 1991. A diferencia de los países bálticos, este proceso estuvo marcado por un protagonismo limitado de la movilización popular y por el papel oportunista de élites comunistas reconvertidas. El nuevo Estado heredó fronteras, estructuras administrativas y redes económicas soviéticas, sin una redefinición profunda de su modelo político.

La independencia se produjo en un contexto de colapso inesperado y desordenado. Según Saborido, la desaparición de la URSS no fue el resultado de una derrota militar externa, sino de una implosión interna, lo que dejó un vacío institucional y estratégico en el espacio postsoviético (Saborido, 2021). Ucrania emergió como un Estado formalmente soberano, pero profundamente dependiente de Rusia en términos económicos, energéticos y militares (Le Monde diplomatique, 2013).

6. Revoluciones y giro hacia Occidente

La Revolución Naranja de 2004 marcó un punto de inflexión en la política ucraniana. Las protestas masivas contra el fraude electoral impulsaron una agenda de lucha contra la corrupción y un acercamiento a la Unión Europea y la OTAN. Este giro fue percibido de manera ambivalente dentro de la sociedad ucraniana y como una amenaza directa por parte de Rusia.

Las protestas del Euromaidán en 2013, desencadenadas por la negativa del presidente Víktor Yanukóvich a firmar un acuerdo de asociación con la Unión Europea, culminaron con su caída. Para Occidente, estos acontecimientos representaron una revolución democrática; para Moscú, un golpe de Estado ilegítimo promovido desde el exterior. En el marco de la nueva Guerra Fría, Rusia interpretó estas movilizaciones como parte de una estrategia occidental de expansión política y militar hacia su periferia inmediata (Achcar et al., 2018; Le Monde diplomatique, 2022).

7. Crimea y el Donbass (2014)

Los acontecimientos de 2014 marcaron un punto de inflexión decisivo en las relaciones entre Rusia y Ucrania. Tras la caída del presidente Víktor Yanukóvich como resultado de las protestas del Euromaidán, Rusia interpretó el cambio de gobierno en Kiev como una amenaza directa a sus intereses estratégicos y a su seguridad nacional. Desde la perspectiva del Kremlin, el giro político ucraniano fue percibido como parte de un proceso más amplio de expansión occidental hacia el espacio postsoviético (Le Monde diplomatique, 2022).

En este contexto, la anexión de Crimea respondió tanto a consideraciones geopolíticas inmediatas como a una lógica histórica y simbólica de largo plazo. Crimea posee un valor estratégico central para Rusia debido a la presencia de la base naval de Sebastopol, fundamental para el control del mar Negro y para la proyección militar rusa en el Mediterráneo oriental. La posibilidad de que Ucrania profundizara su acercamiento a la OTAN implicaba, para Moscú, el riesgo de perder el acceso a una infraestructura militar considerada vital (Achcar et al., 2018).

A su vez, la península ocupa un lugar central en la narrativa histórica rusa, asociada a la expansión imperial del siglo XVIII y a la memoria de la Segunda Guerra Mundial. Este componente simbólico facilitó la legitimación interna de la anexión, que fue ampliamente apoyada por la opinión pública rusa, reforzando el consenso en torno al liderazgo de Vladímir Putin (Le Monde diplomatique, 2022).

Paralelamente, en el este de Ucrania se desarrolló un conflicto armado en las regiones del Donbass, particularmente en Donetsk y Lugansk. Aunque inicialmente presentado como una insurrección local, el conflicto contó con apoyo militar, logístico y político sostenido por parte de Rusia. Esta situación configuró una guerra híbrida, combinando actores locales, fuerzas irregulares e intervención externa encubierta (Le Monde diplomatique, 2022). La respuesta internacional, limitada a sanciones económicas y condenas diplomáticas, contribuyó a la consolidación de un conflicto congelado que preparó el terreno para la escalada posterior.

8. La invasión de 2022

La invasión rusa a gran escala iniciada el 24 de febrero de 2022 constituyó un punto de inflexión respecto de la dinámica del conflicto desde 2014. Rusia abandonó la estrategia de presión indirecta para lanzar una ofensiva militar abierta contra un Estado soberano, asumiendo el rol de potencia agresora. Esta decisión reflejó tanto una evaluación estratégica errónea como una lectura ideologizada de la realidad política y social ucraniana (Le Monde diplomatique, 2022).

Desde la perspectiva rusa, la operación militar buscaba resolver de manera definitiva el denominado “problema ucraniano”. Entre sus objetivos se encontraban la neutralización militar

de Ucrania, la prevención de su ingreso en la OTAN y la reversión del giro occidental iniciado tras el Euromaidán. En el discurso oficial, la invasión fue justificada mediante argumentos de seguridad, referencias históricas y la retórica de la “desnazificación”, combinando propaganda y legitimación política interna (Le Monde diplomatique, 2022).

La invasión también debe comprenderse en el marco de la denominada “nueva Guerra Fría”. Según Achcar y otros autores, Rusia asumió que el proyecto de integración en un orden europeo compartido había fracasado y que el sistema internacional se estructuraba nuevamente en términos de confrontación entre bloques (Achcar et al., 2018). En este sentido, la guerra en Ucrania se convirtió en un escenario central de disputa en el orden internacional contemporáneo.

9. La invasión de 2022

9.1 Continuación y escalada del conflicto de 2014

La ofensiva de 2022 no puede comprenderse como un hecho aislado, sino como la culminación de un proceso iniciado en 2014. Durante los años previos, el conflicto en el Donbass se mantuvo en un estado de latencia armada, con enfrentamientos periódicos, acuerdos de alto el fuego incumplidos y una creciente militarización de Ucrania. El fracaso de los Acuerdos de Minsk evidenció la incapacidad de alcanzar una solución política duradera (Le Monde diplomatique, 2022).

9.2 De guerra civil internacionalizada a invasión directa

Hasta 2022, el conflicto podía definirse como una guerra civil internacionalizada, con una intervención rusa decisiva pero parcialmente encubierta. La invasión transformó esta dinámica en una guerra interestatal abierta, con el despliegue masivo de fuerzas regulares rusas, ataques coordinados desde múltiples frentes y bombardeos sobre infraestructuras críticas (Le Monde diplomatique, 2022).

9.3 Objetivos iniciales de Rusia

Los objetivos iniciales de la ofensiva rusa parecían orientados a un desenlace rápido, incluyendo la caída del gobierno de Volodímir Zelenski y la instalación de un régimen afín a Moscú. Estas expectativas se basaban en una subestimación de la identidad nacional ucraniana y en la

percepción de profundas divisiones internas. El error de diagnóstico condicionó negativamente la estrategia militar rusa desde el inicio del conflicto (Le Monde diplomatique, 2022).

9.4 Fracasos estratégicos y resistencia ucraniana

El fracaso del avance sobre Kiev puso de manifiesto deficiencias significativas en la planificación y ejecución de la ofensiva rusa. En contraste, Ucrania logró articular una resistencia eficaz, apoyada en la movilización social, la defensa territorial y el respaldo político y militar de Occidente. La figura de Zelenski adquirió un valor simbólico, reforzando la cohesión nacional y la legitimidad internacional del Estado ucraniano (Le Monde diplomatique, 2022).

9.5 Violación del orden internacional posterior a 1945

La invasión rusa constituyó una violación abierta de los principios fundamentales del orden internacional establecido tras la Segunda Guerra Mundial, particularmente la soberanía estatal y la prohibición del uso de la fuerza para modificar fronteras. Kissinger sostiene que este conflicto evidencia el fracaso de integrar a Rusia en un sistema de seguridad europeo estable y marca una ruptura peligrosa del equilibrio construido tras 1945 (Kissinger, 2022).

10. Consecuencias y perspectivas de futuro

10.1 Coste humano y demográfico para Rusia

La prolongación de la guerra ha generado un elevado costo de víctimas humanas, especialmente para Rusia. Las pérdidas militares, la movilización parcial y la emigración de población joven y calificada han profundizado problemas estructurales preexistentes, como el envejecimiento poblacional y la reducción de la fuerza laboral. Este desgaste limita la capacidad estratégica rusa a largo plazo (Kissinger, 2022).

10.2 Posible desenlace: fronteras congeladas y conflicto latente

Uno de los escenarios más plausibles es un alto el fuego sin resolución definitiva del conflicto, que derive en la consolidación de fronteras congeladas, con Crimea y partes del Donbass bajo control ruso sin reconocimiento internacional pleno. Este desenlace implicaría una insatisfacción

mutua y la persistencia de un foco de tensión permanente en Europa oriental (Le Monde diplomatique, 2022).

10.3 Una herida abierta con repercusiones generacionales

Más allá de los escenarios diplomáticos, el conflicto ha dejado una huella profunda en las sociedades involucradas. La violencia prolongada, el desplazamiento masivo de población y la destrucción material y simbólica configuran una herida abierta cuyas consecuencias se proyectarán durante generaciones, dificultando cualquier proceso de reconciliación futura.

Conclusión

La guerra entre Rusia y Ucrania no puede ser comprendida únicamente como una crisis geopolítica contemporánea ni como el resultado de decisiones estratégicas tomadas en los años recientes. Tal como se ha desarrollado a lo largo de este trabajo, el conflicto se inscribe en una trama histórica profunda, marcada por una herencia compartida y conflictiva, por procesos de dominación imperial, por experiencias traumáticas bajo el orden soviético como el genocidio del Holodomor y por un fallido reordenamiento del sistema internacional tras el fin de la Guerra Fría, con el colapso de la Unión Soviética.

Desde la Rusia de Kiev, concebida simultáneamente como origen común y como fundamento de identidades divergentes, se observa cómo la historia ha sido progresivamente politizada y utilizada como instrumento de legitimación. La narrativa rusa de continuidad histórica, que presenta a Ucrania como parte constitutiva de su propio devenir nacional, choca frontalmente con la reivindicación ucraniana de una trayectoria histórica autónoma, forjada a partir de experiencias políticas, culturales y sociales diferenciadas. Este antagonismo narrativo no constituye un mero debate historiográfico, sino uno de los núcleos estructurales del conflicto actual.

La incorporación de los territorios ucranianos al Imperio ruso y, posteriormente, a la Unión Soviética, consolidó una relación asimétrica que combinó integración política con prácticas sistemáticas de subordinación y control. Si bien el período soviético otorgó a Ucrania una forma estatal reconocible, también dejó heridas profundas en su memoria colectiva, particularmente a través de la represión estalinista y del genocidio del Holodomor. Estas experiencias construyeron una identidad nacional marcada por la desconfianza hacia el poder central ruso y por la aspiración a una soberanía efectiva.

La independencia de 1991 no resolvió estas tensiones, sino que las reconfiguró en un nuevo contexto internacional. El colapso de la Unión Soviética, lejos de dar lugar a un orden europeo inclusivo, derivó en la consolidación de una estructura de seguridad percibida por Rusia como excluyente y amenazante. La expansión de la OTAN, las revoluciones políticas en el espacio postsoviético y el acercamiento progresivo de Ucrania a Occidente fueron interpretados por el Kremlin como una ruptura del equilibrio estratégico y como una negación de su estatus de gran potencia.

Los acontecimientos de 2014, con la anexión de Crimea y el estallido del conflicto en el Donbass, marcaron la transición de un antagonismo latente a una confrontación abierta. La invasión rusa de 2022 representó, en este sentido, la culminación de un proceso prolongado de deterioro, en el que fracasaron tanto los mecanismos diplomáticos como las estructuras de seguridad heredadas del período posterior a 1945. La guerra puso de manifiesto no solo los límites de la estrategia rusa, sino también la profundidad de la identidad nacional ucraniana y su capacidad de movilización frente a la agresión externa.

Finalmente, el conflicto ruso-ucraniano revela una crisis del orden internacional contemporáneo. La violación de los principios fundamentales de soberanía e integridad territorial, junto con la reactivación de una lógica de confrontación entre bloques, sugiere el ingreso en una etapa de inestabilidad prolongada. Más allá de sus desenlaces militares o territoriales, la guerra deja una herida profunda en Europa oriental y plantea interrogantes duraderos sobre la posibilidad de reconstruir un sistema de seguridad basado en la cooperación, el reconocimiento mutuo y el respeto a las trayectorias históricas de los Estados.

En este sentido, la guerra entre Rusia y Ucrania no solo es una disputa por territorios o alianzas, sino un conflicto por el sentido de la historia, la legitimidad del poder y la definición misma del orden internacional del siglo XXI.

Notas de Referencia

1. Ayn Rand desarrolla una interpretación normativa del origen de la guerra en la que rechaza explicaciones basadas en la inevitabilidad del conflicto, el determinismo histórico o el choque cultural. En su ensayo *Las raíces de la guerra*, incluido en *Capitalismo: El ideal desconocido*, sostiene que las guerras modernas son el resultado de sistemas políticos estatistas y colectivistas que niegan los derechos individuales y concentran el poder en el Estado. Según Rand, un régimen que viola los derechos de sus propios ciudadanos carece de límites morales para respetar la soberanía de otros Estados, por lo que la política exterior se transforma en una extensión coercitiva de la política interna. La guerra aparece así como una consecuencia lógica de la subordinación del individuo a fines colectivos —como la nación, la historia o la seguridad— y no como un rasgo inherente a la naturaleza humana (Rand, 1966/1967). Desde esta perspectiva, la guerra entre Rusia y Ucrania puede interpretarse como la proyección externa de un modelo estatal centralizado, en el que la primacía del Estado sobre el individuo y la subordinación de la actividad económica al poder político —mediante vínculos estrechos entre el gobierno y élites empresariales en sectores estratégicos— favorecen el uso sistemático de la fuerza como instrumento de política exterior.
2. La Convención para la Prevención y la Sanción del Delito de Genocidio define genocidio como cualquiera de los actos perpetrados con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso, como tal, incluyendo la matanza de miembros del grupo, la causación de daños físicos o mentales graves, la imposición deliberada de condiciones de existencia destinadas a provocar su destrucción física, la adopción de medidas para impedir nacimientos y el traslado forzoso de niños a otro grupo.

Referencias bibliográficas (formato Harvard)

- Achcar, G., Audinet, M., Delanoë, I., Dérens, J.-A., Geslin, L., Halimi, S., Klare, M., Limonier, K., Maté, A., Robert, A.-C., Vercueil, J. y Zajec, O. (2018). *La nueva Guerra Fría. Rusia desafía a Occidente*. Buenos Aires: Capital Intelectual / Le Monde diplomatique.
- Attanasio, A. (2025). ¿Qué originó la guerra entre Rusia y Ucrania? El conflicto explicado de una manera sencilla. *National Geographic España*.
- Kissinger, H. (2022). *Liderazgo: seis estudios de estrategia mundial*. Buenos Aires: Debate.
- Le Monde diplomatique (2013). *Rusia. La grandeza recuperada*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

- Le Monde diplomatique (2022). Guerra en Ucrania: pasado, presente y futuro del conflicto. Edición especial, septiembre.
- Ramonet, I. y Muñoz, C. (comps.) (2024) Ucrania, las raíces de la guerra: los orígenes del conflicto y su devastador impacto global. 1ª ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Rand, A. (1966/1967). Las raíces de la guerra. En Capitalismo: El ideal desconocido. Buenos Aires: Grito Sagrado / Unión Editorial.
- Saborido, J. (2021). Por qué cayó la Unión Soviética. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- United Nations (1948). *Convention on the Prevention and Punishment of the Crime of Genocide*. New York: United Nations. Disponible en: <https://www.un.org/en/genocide-prevention/definition> (Accedido: 17 December 2025).